

Argentina: una literatura urbana

Escribe: HUGO DOLGOPOL

Gran parte del trayecto histórico de la literatura argentina está signado por la influencia de la ciudad. Esta ciudad es, fundamentalmente, Buenos Aires, la megalópolis nacida a orillas del Plata, frente mismo a Montevideo, otra urbe que mucho tiene que ver con el desarrollo más reciente de la literatura uruguaya.

¿Qué significa este temprano predominio de lo urbano en las letras argentinas, matizado a intervalos restallantes por obras de la naturaleza de “Martín Fierro” —el mejor fruto de la épica gauchesca— o “Don Segundo Sombra”, de Güiraldes, que refleja los caracteres campesinos a través de una pintura densa, de fuertes matices, que supera los moldes consabidos del costumbrismo y por tanto los trasciende?

La respuesta a este interrogante remite a dos niveles de análisis distintos, pero naturalmente conectados entre sí: el examen de las circunstancias históricas que han proyectado a la ciudad como trasfondo temático general de esta literatura, y la consideración que “lo urbano” puede tener como categoría literaria e indicador objetivo de su tendencia a adquirir una madurez más comprensiva —estructural y filosóficamente hablando— en su visión y reflejo del mundo.

Estas son las cuestiones esencialmente involucradas y las examinaremos en el orden expuesto.

— I —

Durante la primera mitad del período colonial, el territorio argentino constituyó lo que algunos autores denominan “área vacía”, por carecer de los recursos metálicos ambicionados por

(HUGO DOLGOPOL. Argentino, residenciado en Bogotá. Ex-decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata. Actualmente, profesor de la Universidad Pedagógica Nacional).

España y Europa, con fines monetarios y manufactureros. Tribus nómades surcaban gran parte de su extensión y en la periferia norte se criaba ganado duro para el transporte, al mismo tiempo que se producían artesanías y cueros destinados, principalmente, al consumo de un centro impulsor constituido por la región limeña.

Los asentamientos de población española —reducidos— coincidían con el establecimiento de algunos centros administrativos para el control político y militar.

Terminado, hacia 1650, el período minero (ha transcurrido más de un siglo desde la primera fundación de Buenos Aires, en 1536) la situación colonial cambia. La gran hacienda, el latifundio, la explotación agrícola de tipo variado —en gran parte minifundiaria, destinada a la autosubsistencia— pasan a desempeñar el papel principal dentro del sistema, que hasta fines del siglo 18 ha de ser rígidamente controlado por España. Esto no obsta a que reformas comerciales y políticas dispuestas por la Corona, las invasiones napoleónicas, así como las ambiciones inglesas y el merodeo constante de sus navíos por la región colonial, pongan de relieve las dificultades prácticas de ejecución que encuentra el modelo mercantil español.

Buenos Aires acrece su importancia, como centro de una vasta zona territorial, y otras urbes más pequeñas, en el interior, se convierten en núcleos destacados por la intensidad del tráfico mercantil y su actividad intelectual (caso de Córdoba y Tucumán). La pugna principal entre los grupos de origen criollo y los españoles, afincados en una rígida concepción señorial, ha de originarse en Buenos Aires.

Desde la urbe, los ecos de la independencia americana y el “tournant” ideológico de la Revolución Francesa han de extenderse al interior. Si la acogida es buena, esto no impide cierta suspicacia y prevención respecto de los hombres del puerto, los “porteños”. Pero el proyecto libertario y su irrevocable necesidad borran circunstancialmente diferencias. Estas han de resurgir después, protagonizadas por caudillos regionales y hombres de otras ciudades del interior.

El siglo 19, en su apertura, trae la independencia y la formación del Estado nacional. Europa se abre como un gran mercado cuyo aprovechamiento, a través del libre cambio, parece ser la

única manera de consolidar a aquél. Los propietarios de la tierra y Buenos Aires son dos términos esenciales en el espectro del poder. Y como aquellos necesitan de la ciudad y del puerto, comienza un proceso sostenido de crecimiento de la urbe, en la que se localiza el comercio exterior, la administración nacional, los servicios financieros y el atisbo ya de las primeras grandes manufacturas y futuras industrias, como los frigoríficos.

Cuando en 1916 Yrigoyen —primer presidente populista— llega al poder, el cuadro étnico y social de Buenos Aires está definido: grandes masas de inmigrantes europeos (el lunfardo porteño debe mucho a esta cruce de lenguas), una clase media que intenta afirmarse dentro del esquema de relaciones de poder —y que por eso vota a Yrigoyen—; un proletariado naciente en torno de la capital —centro de la industria— y, sobre todo, una pequeña burguesía profesional y liberal —los hijos de la inmigración— cuyo espíritu arribista ha de reflejar magníficamente Florencio Sánchez en una obra teatral titulada, precisamente, “M’hijo el doctor”. El costumbrismo adquiere, en sus manos, jerarquía de drama social y sus tipos humanos son paradigmáticos.

En Córdoba, un bastión de la tradición y del escolasticismo, alumbra en 1918 la “Reforma Universitaria”, con un ambicioso proyecto ideológico para América Latina, recogido con suerte varia.

Como hemos de ver más adelante, la literatura argentina sigue paso a paso este proceso. Por encima de los efectos inmediatos de la ciudad, punto de confluencia de corrientes cosmopolitas que le dan a su cultura una fisonomía peculiar y dominante, sus representantes más esclarecidos toman temprana conciencia del proceso histórico de integración del país y en sus obras Buenos Aires es, más que la urbe de cemento que crece y se expande a un ritmo demencial, demoledora de lo individual y partera del hombre masificado, el espacio donde adquieren más alta significación las tensiones sociales y políticas originadas por un desarrollo contradictorio, desequilibrado y a merced, en parte, de influencias externas. Allí mora “El hombre que está solo y espera”, viviseccionado por la pluma de Raúl Scalabrini Ortiz, un solitario, a su vez, trashumante de la ciudad.

La ciudad, por lo tanto, y todo el complicado despliegue de su aparato social, quedan rápidamente instalados en el centro de

una producción literaria que abarca la narrativa, el teatro y la poesía.

En 1921 Borges convoca “a la trasmutación palpable del mundo en realidad interior y emocional”, consigna que ha de tener acabada expresión en su “Fervor de Buenos Aires”, publicado en 1923. Logra en su poética primera, como ha señalado un autor, “...la ironía del sentimentalismo...” e “...incorporar las llamadas de localismo sin caer en el costumbrismo”. Una cultura remansada entre el monocromatismo aluvial de los paisajes pampeanos, su influjo telúrico, la decadente tradición colonial (tras la que se derrumban los restos del señorío español y su concepción aristocrática) y el ímpetu irresistible del aluvión europeo que penetra por el puerto, cristaliza en perfiles narrativos y poéticos propios, que traslucen la pronta formación de una ideología urbana, base principal del proceso de modernización en todos sus aspectos, empezando por el cultural.

— II —

¿Qué significa, históricamente, la ciudad? Sabido es que tiene un origen antiguo, que se remonta a la “polis” griega y al medioevo, durante cuya última parte desempeñó un rol esencial en el tráfico mercantil, el desarrollo de los bancos y otras instituciones precursoras del capitalismo. Cuando comienza el proceso de transformación que ha de conducir a éste, el sistema estamental se destruye progresivamente para ceder paso a una estratificación social basada en las clases urbanas, los grupos diversos que se desarrollan al interior de éstas y el campesinado. Antes, ya, la ciudad (valga como ejemplo el caso de las italianas Florencia, Venecia, Mantua) se ha convertido en un contexto que alberga simultáneamente el poder político, las instituciones económicas y las culturales. En ellas florece el pensamiento poético más elevado: la “Divina Comedia”, heréticamente escrita en la lengua popular, el italiano, es un ejemplo sumo, con una visión abismal del hombre que no se disuelve totalmente en lo teológico. Sigue después toda la pléyade de obras que en diversos campos del arte marcan la rica etapa del Renacimiento y a nivel del pueblo, de su folclor y costumbres, todos los testimonios recogidos en forma anónima por el romancero español, las leyendas y los mitos populares de los pueblos europeos traducidos literariamente.

Un decálogo de la intriga y la astucia cortesanas como receptario del buen gobernar, sostenido por una teoría del poder, corresponde a Maquiavelo (s. 16) y en lengua española el "Quijote" de Cervantes (1605-1615) al arremeter contra las míticas concepciones caballerescas, rompe con una época e inicia otra.

La ciudad comienza a ser, fundamentalmente, la sede de la Razón, como lo ha de demostrar el fulgurante movimiento de la ilustración en el s. 18.

Desde mediados del siglo XVII las ciudades ocupan un lugar preeminente en la geografía y en la geopolítica de Europa. La complicada geometría de los Estados nacionales comienza a diseñarse desde ellas y es dentro de su entorno que florecen las universidades, languidece la escolástica y surgen obras que anuncian una futura teoría económica y social fundada en la observación de los hechos y su metódica elaboración racional. Montchrétien, Bornitz, Ustáriz, Martínez de la Mata, son algunos de los nombres que vale la pena mencionar.

La literatura no queda a la zaga y en un movimiento que el romanticismo ha de culminar, se vuelve progresivamente a la búsqueda, para sus dramas y tragedias, de un "alma" o "destino nacional" que ha de constituir un "leit motiv" de esa corriente en el s. 19. Víctor Hugo, con sus grandes frescos parisinos, plasma elementos importantes de carácter social y Walter Scott, desde la épica y la novela histórica, señala con precisión los valores, las instituciones y las relaciones sociales predominantes en toda una época.

La literatura se "urbaniza" en el siguiente sentido: por una parte la visión a menudo alucinante de la ciudad, proyectada en su pintura o como trasfondo necesario de dramas individuales; por la otra, los autores ascienden a niveles cada vez más abstractos de comprensión de la realidad, dentro de cuyo esquema se ubica, con matices e intensidad variable, la historia de un país, de un sistema social, de unas instituciones representativas del poder.

Generalidad y abstracción en la visión del mundo, aún sumergidos en prolijos y minuciosos engarces argumentales, son notas sobresalientes de una literatura que ha de recorrer hitos fundamentales en los siglos 18 y 19.

En el siglo 20 la literatura europea es toda urbana y una cumbre es Joyce con el "Ulysses" y esa serie magistral de relatos que es su "Dublinenses", donde es difícil discernir cuáles son sus méritos más altos: si los puramente literarios o los estrictamente sociológicos. La anécdota es una coyuntura circunstancial para mostrar una sociedad que se despliega en su estructura como una visión mágica y de la cual es posible extraer tanto una teoría sobre el estilo o el método narrativo como un apunte bien fundado de doctrina social.

Al mismo tiempo que esto ocurre, el capitalismo occidental ha acentuado su tendencia originaria a convertirse, básicamente, en un sistema de relaciones y de instituciones urbanas.

— III —

En el siglo 19, a través de obras como "La Gran Aldea" de Lucio V. López y "La Bolsa" de Julián Martel, se insinúa la tendencia "urbanística" de la literatura argentina. Una señala el período de tránsito impetuoso de la vieja urbe colonial a la nueva urbe ciudadana en vías de formación, y la otra un aspecto destacado de la temprana alienación producida por el nacimiento de la "city" financiera en torno del juego capitalista por excelencia.

Lo que ha de venir después confirma esa orientación, en tonos variados y sutiles. Se tocan muchas cuerdas: la que enraiza con el desarrollo histórico de una cultura que finalmente asienta su principal centro productor en la ciudad, la que bucea sobre personajes arquetípicos urbanos o la que, tras el sostén de una anécdota cualquiera, insiste sobre las relaciones sociales alienadas que la ciudad genera. Todo el relato literario se encierra, deliberadamente, dentro de los confines de la ciudad.

A veces la narración toma un sesgo marcadamente subjetivista y existencial (Juan Pablo Morel, el protagonista de "El Túnel", de Sábato, oscilando fatalmente entre la lucidez neurótica y la locura irremediable) pero su drama, tras la cobertura de los vínculos puramente personales que enlazan el contenido de la trama, tiene el tinte de la ciudad y de los conflictos que ella provoca en el seno de las clases altas, prisioneras de su falsa dignidad y de una tradición que los vendavales de aquélla y de una nueva sociedad emergente —la de las clases medias, signo de Buenos Aires— corroen sin piedad.

En Manuel Gálvez, escritor de vieja raigambre nacionalista que también cultivó el ensayo biográfico de grandes figuras políticas del país (Alem e Yrigoyen) lo que se destaca es el tratamiento ligeramente folletinesco de argumentos donde lo que generalmente está expuesto es la destrucción del equilibrio de la vieja cultura, la correspondiente a la tradición, por el trastocamiento de pautas, valores y formas de comportamiento social que corresponden al espacio urbano y su proyección sobre todo el país.

Eduardo Mallea es un escritor de fina cultura, proveniente de la élite bonaerense. En él la ciudad se compendia como el ámbito en que progresivamente van cristalizando, por obra de sus sectores sociales más conspicuos, los principios de una modernización que debe arrastrar, tras sí, los cánones de la cultura europea, hasta absorber íntegramente una tradición carente ya de verdadero imperio.

Borges es la cara singular de la moneda, más contradictorio de lo que su universalismo y su densidad filosófica —el magma de que se nutre toda su obra— podrían sugerir. A sus narraciones abstractas, metafísicas, donde la idea se desliza tras un conciso y bello juego de imágenes y metáforas, le suma “Fervor de Buenos Aires”, poemario iniciático, y relatos como “La espera” o “El Aleph” en que la ciudad (especialmente en cuatro líneas del primero) adquiere un cierto tono lírico, casi tan cromático como un puntillazo impresionista. Buenos Aires surge en toques breves, exactos. “Hombre de la esquina rosada” es la definición dramática de un personaje (el malevo, el guapo que pululó en ciertas zonas de la ciudad hasta los años treinta) que significa, también, una acertada expresión del contexto urbano. Es un reflejo sin exaltaciones —fuera de lugar en Borges— en que los personajes rebeldes, indómitos, forjadores de su propia ley, terminan por constituir un resabio anacrónico y sainetesco frente a la despersonalización y el ascenso del “hombre común” que el crecimiento de la ciudad determina.

Cortázar es, como Borges, expresión de lo sutil, de valorización de lo cotidiano en un plano trascendente donde lo que surge con fuerza es un tema, una idea fundamental finamente elaborada y siempre plasmada. La sociedad argentina y sus traumas, aún en relatos aparentemente tan herméticos como la antológica

“Casa tomada” o “Lejana”, se visualiza con nitidez. La estructura narrativa y la expresión literaria alcanzan niveles de imaginación que sorprenden sin perder, en el fondo, su contundente realismo.

Roberto Arlt, muerto tempranamente, es el grito exasperado y neurótico de aquellos a quienes la ciudad y su sistema de relaciones sociales aplastan. Pero es, también, una fantástica galería de zonas y personajes de la ciudad, reveladora de sus más íntimos aspectos, sin excluir los denigrantes o monstruosos. Construye, en el conjunto de su obra (“Los siete locos”, “Los lanzallamas”, “El amor brujo”) un fresco acentuadamente neorrealista —quizás sin su implícita ternura, su disimulado lirismo— que sobrecoge por su fuerza.

Cada uno de estos escritores, y muchos otros que hemos omitido, tal vez injustamente, en homenaje a la brevedad, crea un universo literario fuertemente enraizado en la ciudad. Su lectura remite de un primer nivel donde la acción se concentra, con intensidad variable, en el desarrollo de una idea argumental, a un segundo donde la urbe porteña y su problemática socio-cultural (no más lejos la del país) forman el entorno que unifica la significación de la temática expuesta en la narración.

— IV —

Buenos Aires, la actual megalópolis porteña, tema predominante de la literatura argentina, es un espacio social que ha evolucionado históricamente en conexión íntima con el país y reflejándolo como un espejo. Mide las tensiones y expresa su fuerza objetiva, lo que explica en parte la vocación hegemónica que se le ha atribuido.

A medida que Buenos Aires se moderniza, en un proceso que se intensifica desde fines del siglo pasado, penetran por ella los torrentes de la inmigración europea que provocan, en cierta medida, una aculturación a la inversa, donde el habitante nuevo, el recién llegado, extiende por el medio sus costumbres, pautas de vida y crea, o contribuye a crear, sistemas de comunicación inéditos (como es el caso bien conocido del lunfardo, mixtura del español con varias lenguas europeas, cuyos vocablos originales ascienden aproximadamente, en la actualidad, a doce mil, lo que le da, entre otras razones, estatuto de verdadera lengua urbana).

La modernización de Buenos Aires puede ser vista y analizada a la luz de las etapas por las cuales ha atravesado el desarrollo argentino: el período librecambista y de crecimiento hacia afuera sostenido (hasta la primera guerra mundial); la decadencia del modelo, entre 1920 y 1930; la industrialización "poussée" (sustitución de importaciones) a partir de 1930, a fin de lograr una salida a la crisis mediante la ampliación del mercado interno y paliar los efectos sociales de la crisis; el período populista e intervencionista de Perón entre 1946 y 1955; el inicio de un retorno al liberalismo clásico, en lo económico, desde ese año en adelante. Cada una de ellas, como hemos de ver, tiene sus signos definidos en la literatura.

La distancia que va de "La Gran Aldea" a "Abbadón el Exterminador", de Sábato, o "El libro de Manuel" (un intento de Cortázar de recuperar Buenos Aires y la problemática argentina desde París), pasando por "Los siete locos" y "Los lanzallamas" de Arlt, o "Diario de la guerra del cerdo" de Bioy Casares, pone de relieve en la trama argumental de cada obra, en el material literario y en la filosofía que las trasciende, el clima social imperante en cada etapa. La "Gran Aldea" es el período de ascenso, de acumulación de riqueza y de confianza en el progreso indefinido. Pero "Abbadón" o "Manuel" tienen la marca de la violenta crisis que azota al país en los últimos años y cuyas manifestaciones han sido principalmente urbanas. "Guerra del cerdo", de Bioy, es la visión distante, crítica y escéptica del problema del peronismo y sus consecuencias ulteriores. Y Arlt es el hombre que tras el pandemonium de la ciudad y sus esperpentos presiente la crisis, o la pinta con los trazos fuertes que le son característicos.

De este modo, un análisis hermético, que se circunscriba a la escritura, al código de significaciones en que se estructura cada obra sin relacionarlo, con la profundidad necesaria, a su contexto histórico social, se condena de antemano al fracaso y se queda en el plano de la exégesis. La historia "planea" sobre la organización diacrónica de la estructura y le confiere su sentido, su verdadera realidad, explicando su mecánica funcional.

Los movimientos literarios de Boedo y Florida entroncan con dos concepciones ideológicas del país. Y si el Borges que perteneció al de Florida bebe la riqueza filosófica que nutre su obra en los hontanares de la sabiduría universal y sus documentos

más antiguos, Arlt, de Boedo, se empapa de la vida canallesca de prostíbulos y conventillos porteños para desde allí trazar el colorido pincelazo de cada uno de sus personajes. Pero uno y otro corresponden a épocas, a etapas definidas de Buenos Aires y del país.

“Fervor de Buenos Aires” se tiñe todavía de la visión equilibrada, de la geometría abstracta con que es posible construir el poema en un momento en que el país se desliza todavía —aunque ya trabajosamente— sobre las aguas suaves y cálidas de la ingente riqueza obtenida a través del comercio con Europa. La obra de Arlt, en cambio, se plasma en los albores de la crisis de 1930 (la mundial y la interna, provocada por el derrocamiento del Presidente Yrigoyen), o ya traspuestos los primeros pasos de la miseria que es su resultado, expuestos, con amargura, decepción y humor corrosivo simultáneamente, en las letras tangísticas de Enrique Santos Discépolo, el “Discepolín” de “Yira, Yira”, o “Cambalache”.

— V —

Si lo urbano en la literatura fuera nada más que una actitud, que un reflejo intelectual frente al desarrollo de la ciudad, objetivizado en mil aspectos diferentes, no aportaría mucho a la profundización de aquélla, a su comprensión del mundo, que es su nivel filosófico más significativo: reducir el universo inmediato a una serie de principios generales explicativos, lo que no supone necesariamente la novela “de tesis” o la novela ensayística. El costumbrismo es una etapa, pero se agota rápidamente, por fortuna.

La literatura argentina, en este sentido, ha seguido el mejor camino: de lo anecdótico que plasma la novela o el relato breve entre los intersticios de la cotidianeidad, sin trascenderla, ha ido elevándose a los planos más complejos de una cosmovisión integrada, a un trascendentalismo de la narración que combina, más allá de toda objetividad realista, el tema, el material argumental y las formas expositivas. Valga, para esto, un ejemplo: el recorrido que va de Eugenio Cambaceres y su naturalismo, a Cortázar (“Rayuela”) y Sábato (“Abbadón”). O si se quiere, el mismo Mujica Láinez (“Bomarzo”, notable fresco histórico renacentista, o “Misteriosa Buenos Aires”, relatos de la fundación).

Lo que destaca a la literatura argentina es que novela y relato, sumergidos desde temprano en la densidad asfixiante de la urbe, han sabido recoger con precisión el marco físico y humano que ella constituye, en otro más amplio: el señalado por una evolución general del país, sus contradicciones, sus luchas y tensiones sociales como elementos que subyacen más allá de la intencionalidad del narrador, tras su material expositivo.

La ciudad, como contexto pluridimensional, ha servido para arrancar desde allí en la búsqueda de lo auténticamente nacional (Buenos Aires condensa todos los valores, todas las instancias históricas) evitando caer en una enfatización del costumbrismo, aún sofisticada, para cumplir idéntica tarea. Pocas novelas argentinas registran esa dicotomía ciudad-campo, la primera como expresión de lo moderno y el segundo como sede de lo tradicional, de lo representativo históricamente, tan falsa como inexistente.

El proceso de urbanización es paralelo al del desarrollo de un país, cualesquiera sean los obstáculos o frustraciones que éste experimente. La sociedad moderna, por alienante y deformante que sea, nace a partir de la conjugación de los principales grupos sociales, de las principales tendencias históricas, en ese polo multiforme y dinámico.

Una literatura que lo omite, que no refleja, de alguna manera, tales circunstancias, es una literatura que se resiente y se frustra, además de correr el grave riesgo de vagar, durante mucho tiempo, entre los márgenes de lo anecdótico sin trascendencia. En tal sentido, la novela urbana, expresión de madurez, borra dicotomías abstractas y hace confluir en un entorno real, significativo, la problemática de un país, en lo general o en lo individual. Es, por lo menos, lo que demuestra el caso de Argentina.